

CAPITULO IV.

El atalaya del Hércules.

No léjos del puerto de Coruña se eleva en la orilla del mar una grande y pendiente roca, en cuya punta está el atalaya llamado del Hércules ó tambien *torre de fierro*. Es un hermoso y elegante edificio, de una altura de noventa y dos piés, tienen sus paredes un grueso de cuatro y medio, y por su arquitectura indica que es indudablemente obra de los romanos. Una inscripcion encontrada cerca de los cimientos demuestra, que la torre es obra de Cajus Servius Lupus, arquitecto de la ciudad de Roma.

La leyenda dice sobre esto, que los romanos habian encontrado las ruinas de una obra griega, dedicada á Hércules; que eran colonos griegos, los que se habian establecido en ese lugar y habian sido los mismos compañeros de Hércules los que allí desembarcaron. (1)

Los fenicios y griegos visitaban esta costa de España á causa del comercio que hacian, llevando estaño de allí y de las islas de Caciciterio.

El puerto que allí ha creado la naturaleza es excelente porque en mucha distancia de él, no se encuentra un punto tan á propósito para anclar como este, por la seguridad en que se hallan allí los buques. Es un estrecho canal formado por rocas de granito muy pendientes, á cuya vista se conoce luego, que deben haber resultado á causa de una gran inundacion ó por temblores de tierra repetidos.

Muy abajo de la torre, en el fondo de la roca, se reventan las olas de la mar, en el coloso de piedra que se divisa desde muy léjos sobre la superficie inmensa y siempre movible de las aguas; se deshacen las olas espumosas en los granitos de las rocas, cuyas puntas ofrecen una magnífica vista. ¡Cómo vienen y van, esas miles y miles, esos millones de olas poderosas, movidas por la tormenta y luego reposan con un magestuoso silencio

(1) *Asclepiades de Mirláa*, en su Geografía de España. Alejandro de Humboldt etc. pág. 17. Viajes á las regiones equinocciales Tom. I. pág. 53.

debajo del cielo azul. La ola que devora lo que alcanza, se acerca jugando, sonriendo como una sirena; mas desconfiad de ella, porque es una parte del gran monstruo maligno, que rodea al mundo; y sin embargo oculta el carácter de una fuerza de la naturaleza, que en su magnitud no hace caso de la dicha ó desgracia de los gusanos de la tierra, sino que sigue silenciosa y gravemente las eternas leyes, á que está sujeta.

En aquel día estaba la mar en calma y vista desde la torre, tenia el aspecto de un inmenso espejo, reflejando el cielo con su intenso color azul y el sol en su brillantez y belleza.

¡Y cuántos tesoros de la naturaleza no arrojan allí las olas jugueteando! Moluscos y conchas, algas y otras plantas marinas, porque tambien la mar tiene sus praderas y bosques, lo mismo que las montañas, valles y vertientes, solamente que son mas extraños y mas maravillosos que los que hay en tierra firme.

Toda la vegetación submarina está formada casi exclusivamente de una sola gran familia de plantas, las algas. Aunque plantas muy sencillas en sus órganos sexuales, desarrollan sin embargo una variedad tan extraordinaria en sus formas que un paisaje en el fondo del mar no ofrece menos interés, que uno sobre la tierra, al cual el sol de los trópicos ha dado el carácter de una exuberante vegetación. La sustancia original, ya blanda gelatinosa, ya cartigelatinosa de todas sus partes constitutivas, la combinación extraña de órganos redondos,

tendidos y planos, que da á conocer luego lo impropio de los términos «tallo y hoja;» los magníficos é intensos colores de verde, olivo, amarillo y púrpura, algunas veces combinados en la superficie al modo del arco-iris, todo esto da á dicha vegetación el carácter esencial de lo extraordinario y fantástico. Todavía en tiempo de Linéo se conocian muy poco estas plantas. Las 70 especies, que conoció el padre de la Botánica, al formar su sistema, se han aumentado hoy hasta el número de 2,000, y no son en su generalidad las pequeñas y muy fáciles de conocer, sino las mas grandes especies, los bosques submarinos con plantas de un tamaño de 100 hasta 1,500 piés, las que nos han hecho conocer los exploradores mas modernos. Lamoureux, Bory, St. Vincent y Greville han conquistado gran fama en este terreno de la ciencia, pero ante todo las expediciones del capitán Ross en las regiones del polo del Sur, y los viajes emprendidos á expensas del emperador de Rusia y de la academia de San Petersburgo, al polo del Norte por Martius, Postels, Von Bär y otros, son los que nos han abierto un campo enteramente nuevo en estos mundos.

En las costas de la isla de Litka se presenta al buso esta vegetación original, en gran exuberancia. Semillante á un bosque vírgen, se observan numerosas hileras de plantas. Las pequeñas *Confervas* y *Ectocarpes* cubren el suelo con un tapiz verde, en donde la *ensalada del mar* con su ancho follaje, representa las yerbas

mas grandes, entre ellas brillan las grandes hojas de las *Irideas*, agrupadas semejante á una copa color de rosa y escarlata; muchas especies de algas color de olivo, cubren los riscos brillando entre ellos la magnífica rosa del mar, con sus suaves matices; se distinguen con los colores amarillo, verde y encarnado, ya extendiéndose como abanicos colosales, ya movidas por la corriente, hojas de algunos piés de longitud y latitud que forman las *Talasiofilas* y *Agaras* cuya figura se asemeja á una red, los grandes arbustos de los bosques, cuyos árboles son las *Laminarias*, de un tamaño hasta de 30 piés, alternando con las especies *Macrocistis*, que tienen vejigas, del tamaño de una pera; despues se ven las *Alarias*, de tallo largo y cuyo tronco, rodeado singularmente por un manojo de hojas, parecidos á puños de camisa, se extienden hácia arriba hasta la hoja colosal, cuyo tamaño llega hasta 50 piés. Mas, sobresaliendo á todas, se elevan las *Nereocisteas*; con una raiz, semejante á los corales, se levanta el tallo delgado como un hilo hasta una altura de 70 piés, hinchándose gradualmente en forma de clava hasta formar una gran vejiga; sobre ella se mueve un espeso manojo de hojas del tamaño de cerca de 30 piés. Se les podia llamar las palmas del mar. Y toda esta inmensa planta es el producto de pocos meses, porque se marchita cada año y se renueva por su semilla. *Las estrellas del mar* cubren el suelo de estos bosques submarinos; en los troncos están pegadas las conchas y balanas, entre cuyas hojas cazan los voraces

peces de rapiña á los mas débiles y encima de las islas flotantes, que se forman de las hojas tejidas de las *Nereocisteas* descansa la brillante Nutria, calentándose en el sol, por cuya circunstancia ha recibido esta planta el nombre popular de *sol de nutria* (Bobrowaya Kapusta). De este modo se completa el paisaje, que solo pocos mortales pueden admirar en su originalidad.

Buscando algas y moluscos, se veian en tiempo del reflujo, á dos hombres al pié de la pared de rocas, sobre la cual se habia levantado la torre ó el atalaya del Hércules.

—Bien, dijo uno de ellos, un jóven bien parecido cuyas facciones revelaban luego su origen francés, al otro, que estaba mirando, poseido de la meditacion alemana, un objeto con el microscopio que habia colocado sobre un sencillo aparato, cuyo pié descansaba en la arena. ¿Cuál es el tesoro que habeis encontrado para la ciencia, mi querido Humboldt?

—Un animal del orden de los Walzenscheiden, (concha en forma cilíndrica), contestó este sin moverse. Magnífico ejemplar: trasparente como cristal, casi todo el cuerpo está formado por un costal largo de agallas, provistas con unas puntas originales, que consisten claramente en una capa exterior y una interior en la cual se ven gajos ó cintas de fibras musculosas.

—¿Habeis visto tambien los intestinos? preguntó Bonpland con interes, (porque él era el jóven ántes mencionado.)

—Ciertamente, contestó Alejandro de Humboldt. Los intestinos están acumulados en un pequeño y redondo nudo.

—¿En el *nucleus*? ¿Y qué color tiene?

—Encarnado.

—¿Este es seguramente el punto que brilla de noche con una hermosa luz de color rojo amarillento?

—¡Indudablemente! dijo Humboldt siempre mirando el animal con el microscopio.

—¿Y veis también el *nucleus* de los nervios?

—Se le ve en la superficie del hombro, en el punto donde están pegadas las agallas.

—¿Se ven también pelos que brillan como órganos de los movimientos, semejantes á los que tienen los *Seescheiden*?

—En la boca y en la barriga. Pero tomad el microscopio y ved. Estos animalitos son, en verdad, admirables productos de la naturaleza.

Ambos continuaron hablando sobre el pequeño habitante del mar. Luego dijo Humboldt:

—Ahora, mi querido Bonpland, enseñadme también vuestra cosecha.

—¡Oh! mi cosecha es grande, contestó el joven francés con alegría. Venid, he pescado una multitud de algas.

Y luego siguió el exámen de estas plantas marinas, lo que ocupó á los dos por mucho tiempo, de tal manera, que no vieron que se había nublado el cielo, y que ya había empezado el flujo, y con esto soplabá el viento siniestramente por las hendiduras de las rocas, y el agua que subía, ya estaba mojado los piés de ambos naturalistas. Hasta entónces notaron que ya era tiempo de retirarse. Violentamente juntaron sus hallazgos y los instrumentos que habían llevado, y luego subieron por una vereda angosta y muy pendiente, á la torre del Hércules.

Repentinamente se detuvo el joven francés, arrojando una mirada siniestra sobre la ancha mar, hácia la costa de Africa, y exclamó con cólera señalando con la mano unos pequeños puntos negros en el horizonte.

—¡Mil tempestades! Allí están cruzando los malditos ingleses que nos están deteniendo en el puerto de Coruña como á dos pájaros enjaulados. ¡Diablo! si tuviese ahora aquí la fragata, con que un día salimos á su encuentro, yo querría.....

—Creo, dijo Alejandro con mucha calma, que ya no nos detendrán por mas tiempo. Nuestra corbeta *Pizarro* está lista para hacerse á la vela mañana.

—Este *Pizarro* es un mal velero, dijo Bonpland moviendo los hombros.

—Y sin embargo, ha escapado de los ingleses en su largo viaje desde el río de la Plata hasta aquí.

—¡Pura casualidad!

—Que se puede repetir.

—¿Y creéis que haremos bien en seguir el consejo del Sr. Clavijo.

—Sí, lo creo. Nos embarcamos con nuestros instrumentos y nuestro equipaje, á la buena fortuna. El *Pizarro* aprovecha entónces la primera oportunidad favorable, en que pueda escapar de los ingleses..... y..... estaremos libres. Por esta vez nos puede favorecer la suerte.

—¡Amigo! exclamó Bonpland. No sé que debo admirar mas, si vuestra perseverancia ó vuestra calma clásica, que sabéis conservar en todas las desgracias que nos sobrevienen. Ya hace diez dias que estamos aquí sin poder salir, á causa de este maldito bloqueo.

—¿Acaso no hemos empleado bien este tiempo? preguntó Alejandro sonriendo. ¿No lo hemos aprovechado para secar las plantas que hemos encontrado en los valles del sur de España, que jamas han sido visitados por naturalista alguno? ¿No estamos examinando aquí, en la orilla del mar, una multitud de plantas y animales que arroja el flujo, preparándonos de un modo práctico para nuestra grande empresa? ¿No estamos escribiendo cartas importantes? ¿No estamos examinando la profundidad de la mar, y la disminucion del calor de las diferentes capas del agua? Y ante todo, ¿no hemos hallado el resultado de mucho interés para el navegante:

que la proximidad de un banco de arena se anuncia mucho mas ántes de que se pueda emplear la sonda, por una violenta baja en la temperatura del agua en la superficie, de manera que *el navegante puede conocer el peligro mucho mas ántes por medio del termómetro que por la sonda?* Creo, amigo mio, que solo este resultado científico de nuestras investigaciones, vale la corta permanencia en estos puntos.

—¡Si por cierto! contestó Bonpland, pero tengo deseos de tener al fin á la espalda la costa de Europa. Divinamente estamos mirando la mar; tenemos á la vista, despues de haber vencido miles de dificultades, los buques listos para hacerse á la vela, allá al otro lado, al Africa; allí, allí se abre el Atlántico, y me imagino aspirar los perfumes de las flores de las islas Canarias, los suaves vientos de Taíti... y ¿he de quedarme quieto, esperando hasta que les plazca á estos malditos ingleses dejarnos escapar? Mi querido Humboldt, contra esto se opone mi naturaleza de francés; para esto se necesita la paciencia alemana.

—Y sin embargo, dijo Humboldt con una suave sonrisa y de un modo apacible; y sin embargo mi querido amigo con la cabeza acalorada de un francés, tendreis que aprender la paciencia alemana; porque, ¿á qué conduce la impetuosidad? ¿podemos remediar con esto lo más mínimo?

—¡No! dijo Bonpland suspirando; pero, ¿podeis to

mar á mal que me despedace el corazon el deseo de emprender nuestro viaje?

—Tengo el mismo vehemente deseo, contestó Humboldt con gravedad; mas lo encierro en mi pecho, como hombre, y espero tranquilamente hasta que el destino cumpla mis mas ardientes deseos.

En aquel momento se oyó un trueno lejano, y el eco contestó mil veces en las cuevas de las montañas; luego comenzó á llover.

—Entremos en está cueva, dijo Humboldt; una vez que no podemos llegar á la torre del Hércules ántes que estalle la tempestad. Allí presenta una magnífica vista sobre la mar tempestuosa, y si el tiempo empeora tendremos un buen refugio.

Los dos amigos entraron á la cueva, pusieron sus fardos en el fondo de la misma, y volvieron despues á colocarse en la salida. La vista que se ofreció allí á sus ojos, era efectivamente grandiosa.

El cielo estaba cubierto con nubes negras, pero en medio de ellas se veian continuamente relámpagos, que semejantes á culebras de fuego, se dirigian al continente y la mar alumbrando el cielo con su luz, y acompañados de fuertes truenos que el eco de las montañas multiplicaba. Rugia el viento, y sobre la tierra que se estremecía, y la mar con sus olas, enfurecida, se notaba una luz singular, que hacia parecer todo el espacio inmenso á un grande mausoleo.

Humboldt y Bonpland presenciaron callados este grandioso espectáculo de la naturaleza; pero en el rostro del primero no se notó ninguna alteracion por esto; sus facciones habian permanecido tan reposadas, tan suaves y claras como siempre. Nada notó de la tempestad que pasaba encima de su cabeza..... meditó sobre la mar, ese monstruo de muchas cabezas, y el estado de su espíritu no era tempestuoso ni tranquilo... reflexionó sobre el fenómeno como tal, y en lo general.

—Aunque sencillo en sí mismo, el movimiento del mar, dijo Alejandro, tiene siempre un grande atractivo al contemplarlo. No se puede expresar con palabras lo que cautiva en ella, pero la impresion que ejerce no es por eso ménos duradera y cierta. A esto contribuye ciertamente la inmensidad del fenómeno, el pensamiento en la relacion del mar, en cuya orilla se halla uno con los demás que dividen las diversas partes de que se compone el mundo. Se puede decir que el mar está representado en cada ola por separado. Lo oscuro é impenetrable contribuye tambien para esto, y no lo de la profundidad, sino tambien lo misterioso de esta inmensa cantidad de aire y de agua, cuyos movimientos y reposo no comprende el hombre vulgar, ni en sus causas, ni en sus efectos, y que sin embargo, obedecen á leyes eternas y no traspasan ciertos límites, porque..... las olas que están mas en movimiento, corren en semicírculo, echando espuma, hácia la orilla en donde desaparecen.

Otro trueno mas fuerte sonó sobre sus cabezas, procedente de un vivísimo relámpago; luego siguió un aguacero tal como si se hubiesen abierto las cataratas del cielo, y si un segundo mar descargase sus inagotables corrientes sobre la tierra.

Humboldt y Bonpland se retiraron al fondo de la cueva. Allí se acostaron, y despues de poco se durmieron favorecidos por la oscuridad y á causa del cansancio, originado por las subidas y bajadas en las rocas pendientes.

Despues de haber dormido durante una hora, fué despertado Alejandro por un ruido de voces, que provenia de dos séres humanos que veia parados en la entrada de la cueva. Un jóven asturiano (su traje lo indicaba), estaba reclinado contra la pared de la roca, como abismado en un profundo dolor, miéntras una hermosa jóven le tenia abrazado con uno de sus torneados brazos, mirándole llena de intenso amor en su pálido semblante.

—¡Oh, Ruiz! ¿por qué no me miras el rostro? dijo la pequeña española en tono cariñoso, pues ni ella ni su amante sospechaban la presencia de una alma humana en el interior de la cueva. Mirame..... ¿acaso ya no me amas?

—¡Qué pregunta! contestó el jóven con voz oprimida. ¿No es precisamente el amor que te profeso, el que me hace tan inmensamente desgraciado y me priva de todo

consuelo? Pero tú, tú no me puedes amar, pues de lo contrario no estarias de conformidad con mi madre para alejarme de aquí..... léjos..... léjos, al otro lado del mar..... hácia la malhadada Cuba!

La pequeña española habia retirado su brazo del cuello del jóven, despues de estas palabras llenas de reproches. Se notó un sentimiento de intenso dolor en su hermoso rostro, y luego dijo con voz temblorosa y llena de excitacion:

—¿Y esto me puedes decir á mí, á tu Alma? ¿A mí, cuyo fiel amor conoces hace algunos meses? ¿A mí, que desafiando la cólera de mi padre, desciendo de la torre tantas veces como quieres, para hablar contigo?

—Pero, ¿por qué das la razon á mi madre y no á mí? preguntó el asturiano con violencia.

—Porque veo que puedes fundar tu felicidad y la nuestra en este viaje.

—¿Es decir, por el dinero?

—¡Vaya! Ruiz, ¿y puedes creer de veras esto de mí?

—¿Y por qué quieres pues, que me vaya á Cuba?

—¿Pero podemos casarnos sin que tengas dinero?

—¿No tengo acaso buenos brazos, y sobrado valor?

—¿Y tu pobre y anciana madre?..... ¿y las pretensiones de mi padre?

El joven asturiano exhaló un profundo suspiro, atrajo hacia sí á Alma que se habia sentado junto de él y le dijo:

—Vamos á meditar seriamente sobre este asunto, Ruiz. ¿Quieres?

Y al decir esto, estampó un beso tan ardiente en las mejillas del joven, que éste sintió fuego por sus venas. Sus ojos chispeaban y su semblante se encendió por un momento, mas luego llorando silenciosamente, reclinó su cabeza en los hombros de la joven.

Pasó así un gran rato. Humboldt respiraba apenas, y sintió compasion por ambos jóvenes, que le interesaban tanto mas, cuanto que el joven tenia que tomar el mismo camino que él, segun parecia.

—¡Vé, Alma! dijo el joven despues de haberse recobrado. Tú sabes, cuán infinitamente estimo y quiero á mi anciana madre, que está llena de achaques.

—Lo sé, dijo ella, con el tono de una íntima conviccion.

—Además sabes, continuó el joven, que he mantenido hasta hoy á mi buena madre con el producto de mi trabajo.

—Tambien lo sé.

—He economizado algo, para poder ofrecerte una

modesta vida á mi lado. ¿Por qué, pues, quiere mi madre que me embarque en el *Pizarro*, para ver en Cuba á nuestros ricos parientes?

—Porque la buena mujer espera fundar en esto tu felicidad.

—¡Oh! ¡cuán poco comprende entónces mi felicidad!

—Ruiz, ella sacrifica su cariño y su propio provecho al pensamiento de que su hijo en union de sus ricos parientes de Cuba, pueda labrar una feliz y honrosa fortuna. Esto es un sacrificio que en su edad y en sus circunstancias, puede hacer solo *una madre*.....y un corazon tan fiel y tan amante como el mio.

El joven se quedó callado, sumergido en profundas meditaciones.

—¿Y podemos acaso casarnos en las circunstancias actuales?

—¡Si tú quisieras!

—¡Cuán injusto eres! ¡Como si no partiera gustosa tu cabaña y tu pobreza contigo! ¿Pero has olvidado acaso á mi padre y sus pretensiones? ¿No te acuerdas ya de su orgullo y de su inflexibilidad.

—Me acuerdo.....

—Pues bien, Ruiz, sé racional, y procuremos vencer el dolor de la separacion. Despues de uno ó dos años volverás á los brazos de tu madre y á los de tu fiel novia y todos seremos felices.

—No sé! dijo el jóven dirigiéndole una triste mirada y con voz oprimida; no sé lo que me hace dudar de esta feliz vuelta. ¡Oh, Alma, Alma! exclamó con violencia y martirizado por un temor misterioso. Se me figura que si parto de aquí, jamas os volveré á ver.

Despues abrazó á su amada con éxtasis, y una nueva corriente de lágrimas inundó sus afligidas facciones. Tambien Alma le abrazó con ternura, y dijo con voz entrecortada por los sollozos:

—¡Anda con Dios y la santísima Virgen! la bendicion de tu buena madre y mis fervientes oraciones, te acompañarán.

—Sea pues, dijo el jóven; pero si mi corazon se despedaza por el deseo de verte á tí, á mi madre y á mi patria, no tendré yo la culpa. ¡Que es para mí Cuba con todos sus tesoros y riquezas, si no hay mas que una España en el mundo!

En aquel momento oyeron un fuerte silbido.

—Mi padre llama, dijo la jóven levantándose sobresaltada, y tomando una olla que se hallaba á su lado.

—¡Adios, pues! exclamó el jóven con un acento tan amargo y doloroso, que conmovió al mismo Alejandro. Adios, y el Eterno haga que nos volvamos á ver unidos y felices.

—¡Adios, Ruiz mio! exclamó tambien ella, derraman-

do abundantes lágrimas. ¡Adios! no olvides á tu Alma..... y vuelve pronto..... tu madre, tu.....

No pudo seguir..... otro abrazo..... otro ardiente beso, tan largo como si fuese dado para la eternidad, y ambos se separaron, desapareciendo de la cueva.